

Viraje y narración: el bellismo fundamental de Emir Rodríguez Monegal

Francisco Javier Pérez

Academia Venezolana de la Lengua

Cuando en el año 1975, Agustín Millares Carlo anota *El otro Andrés Bello* en su bibliografía sobre el humanista caraqueño, lo hace sentenciando la tarea del crítico con palabras parcas y esenciales. Le bastan solo dos: «Obra fundamental». Sin quererlo o, quizá, con sapiente intención, el maestro canario traza el mejor itinerario para comprender el sentido de una obra tan fundamental para el bellismo contemporáneo como lo es el libro del estudioso uruguayo Emir Rodríguez Monegal, del que celebramos el centenario de su nacimiento.

Fundamental será el rasgo animador de su acercamiento a Bello. Le interesa más la *otredad* que la *identidad*, a contracorriente con el que ha sido el motivo central en un siglo de historia previa del bellismo. Frente a la cuestión de quién es Bello, con miras al establecimiento de certezas interpretativas, Monegal se plantea dudas de identidad conceptual haciendo que en su investigación bellista sean más firmes las hipótesis y más endebles las teorías, esas que habían caracterizado la tradición crítica sobre el humanista venezolano-chileno. Monegal será el primero en vislumbrar cuánto reportan al conocimiento bellista las incertidumbres y los titubeos críticos. El mito sobre la infalibilidad de Bello está siempre servido, tanto como el cuestionamiento sobre su inmutabilidad. Como un faro en medio de la tormenta, está allí para recordarlo siempre el auspicioso libro de su bisnieto Joaquín Edwards Bello, *El bisabuelo de piedra*, del año 1978. Monegal será, pues, el primero de los críticos de Bello en encauzar su reflexión sobre un viraje y no sobre un rumbo.

Por otra parte, el crítico está convencido de que no es posible lograr (al menos no todavía) el deslinde entre la biografía y la obra literaria. Quizá, no sea necesario del todo y por ello procede a encajar la una en la otra sin crear la vida de Bello como el asunto rey y sin hacer del análisis literario rudo como un modo único de actuación

crítica. Al contrario, Monegal está ganando a hacer de la vida y obra de Bello una sola narración, un cauce único alimentado por innumerables afluentes. Es aquí donde el viraje y la narración se juntan. Es aquí donde el sentido de la crítica adquiere su valor y en donde el biografismo ejercita sus mayores capacidades.

Verdades y mentiras

La evaluación sobre la significación de Bello, tanto de su vida como de su obra, ha estado muchas veces conducida por el terrible binomio de lo que es verdadero y de lo que es falso. Así lo ha dejado claro uno de sus estudiosos venezolanos más eximios. Efectivamente, Oscar Sambrano Urdaneta captura esta fotografía crítica y la rubrica en su imprescindible libro *Verdades y mentiras sobre Andrés Bello*,¹ que no me cansaré de recordar, pues asienta una situación que Bello tuvo que enfrentar en vida (en especial, la acusación sobre su infidencia a la causa republicana y sobre su rechazo al proceso de emancipación que estaba en marcha en su tiempo y del que él formó parte muy activa, no con las armas como Bolívar, sino con el pensamiento) y que ha tenido que sortear después de muerto, producto de animadversiones y sectarismos ideológicos de toda laya.

Instalado en el centro de estas posiciones, Rodríguez Monegal va a ocuparse de una de las más ácidas mentiras que hayan podido fraguarse sobre Bello: su asidero clasicista imperturbable frente a su repudio inclemente al Romanticismo, desde la perspectiva literaria en ambos casos. Monegal va a cuestionar estas dos simplificaciones por lo que tienen de inexactas y por lo que comportan de falta de equilibrio, condiciones capitales de toda crítica literaria que quiera ganarse el respeto.

Para desarticular el sinsentido de estas injustas calificaciones, va a reconstruir el itinerario general seguido por la crítica hacia Bello y lo hará señalando el punto de origen desde donde parten estas equivocaciones. Una vez más, el nombre de José Victorino Lastarria —el discípulo infiel— vuelve a mencionarse como responsable de estos entuertos. Monegal determina que a Lastarria se le deben

¹ Ha sido editado en dos oportunidades en Caracas. La primera, en el 2000, por La Casa de Bello; y la segunda, en 2005, por la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello.

las primeras motivaciones y responsabilidades sobre el cambio en la apreciación de lo que Bello había representado para la cultura chilena, en particular, y americana, en general:

Esta simplificación —quizá seductora por su implícita simetría— fue divulgada por los interesados y en particular por José Victorino Lastarria en sus *Recuerdos Literarios* (1878), a quien preocupaba mucho aparecer como abanderado chileno de los románticos a pesar de los equívocos de su verdadera posición (1969: 14).

Repudiando en su conjunto y en sus detalles la visión que Lastarria ofrece de Bello, que había sido su maestro a partir del año 1842, el crítico uruguayo va a destinar la sección titulada «Los recuerdos de Lastarria», en el sexto capítulo de su libro, a desmoronar el edificio de imprecisiones, sectarismos y rencores que el discípulo había vertido sobre el maestro, en un apartado verdaderamente magistral por su empeño vindicativo hacia el sabio.

Lastarria intentaba aminorar la influencia positiva que Bello había tenido en la construcción de la nación chilena y no tuvo mejor idea que contraponer maliciosamente la figura del venezolano a la del español José Joaquín de Mora. El paso de Mora por Chile, de no más de tres años, resultó positivo en relación con la enseñanza superior. Bello había hecho cuestionamientos en cuanto al galicanismo en la enseñanza y al estilo retórico con el que Mora escribe su *Oración inaugural*, en 1829. No había mucho más que decir y quedaba claro que estas dos figuras no eran comparables y por ello no tenía sentido enfrentarlas. Bello y Mora continuaron, después de su episódica polémica, cosechando una buena amistad, basada en el mutuo respeto. Mora apoyó abiertamente, desde su sillón en la Real Academia Española, que se nombrara a Bello como miembro honorario de la corporación, en 1851, y, pasados muchos años, hizo gestiones para que la institución madrileña publicara los trabajos de Bello sobre el *Poema del Cid*, cosa que lamentablemente nunca sucedió.²

El resultado de los desaciertos lastarrianos no fue otro que creer que la influencia que Mora había ejercido sobre el propio Lastarria era equivalencia a la que había ejercido sobre la cultura chilena. En

² Cf. Alamiro de Ávila Martel. *Mora y Bello en Chile, 1829-1831*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile, 1982, p. 44.

este punto, la figura de Bello lucía indestronable, más allá del trato injusto que recibe de su discípulo.

El rencor de Lastarria irá en aumento con el tiempo al considerar a Bello como un reaccionario, arcaizante y prohispanico. Monegal observa que lo que Lastarria cuestiona en Bello es lo mismo que admira en Mora:

[Mora] también se formó en Inglaterra, fue discípulo y amigo personal de Bentham, en sus clases enseñaba por Heinecio y por Blair. Todo esto lo olvida o lo tergiversa Lastarria en su afán de presentar a Mora como jefe de una escuela literaria que Bello habría desvirtuado (1969: 243).

Crítica a Bello por sus ideas y por su método de enseñanza. Ideas y métodos que a la luz de hoy no son sino asideros de modernidad. Los hábitos didácticos del caraqueño que el chileno califica de retrógrados e ineficaces son hoy las mejores maneras para enseñar cualquier materia humanística: libertad de pensamiento, fomento del espíritu crítico y asidero de la interpretación documental cierta.

Rodríguez Monegal, al seguir en detalle y con justicia la polémica que Lastarria construye cuando publica sus *Recuerdos literarios*, cumplidos trece años de fallecido Bello, no hace sino simbolizar en este hecho el decurso futuro que caracterizará la recepción bellista, siempre un pendular entre extremos irreconciliables.

Lastarria no hace sino allanar el terreno para que otras discusiones fructifiquen. La más importante de todas las polémicas será la que enfrente a un Bello clasicista con un Bello romántico, tratando de confirmar que solo el espíritu clásico lo define y que todo lo romántico le es ajeno.

El viraje es el rumbo

Frente a todo lo anterior, Rodríguez Monegal va a proponer un rotundo viraje de miras e intenciones críticas, que sirvan para reencauzar el rumbo de sus investigaciones críticas y de las de toda la crítica sobre la materia literaria en Bello. El daño que Lastarria hizo será entendido desde una perspectiva histórica, comprendiendo que toda la crítica bellista se vio condicionada o alterada hasta bien entrado el siglo xx, y durante ese largo período se quiso solo entender

al poeta y crítico literario neoclásico, que está en Bello tanto como en Goethe, Byron, Keats y Hugo; románticos por donde se los mire. El Romanticismo originario, hay siempre que recordarlo, no fue sino el resultado del cruento debate entre la admiración por la estética grecoromana y la fascinación por la imaginación medieval. Nunca el Romanticismo fue una sola de estas dos entidades.

La reflexión del bellista uruguayo debe entenderse como una declaración de intenciones que marcará un cambio de rumbo en la evaluación de la poesía y crítica literaria escrita por Bello:

De Lastarria fue a parar a los historiadores de la literatura hispanoamericana, demasiado atareados casi siempre para leer todo de nuevo, demasiado inclinados a aceptar cualquier fórmula que evite mayores análisis. La interpretación de Bello como enemigo del Romanticismo ha venido rodando y rodando, de manual literario en manual literario, copiando el nuevo historiador a su inmediato predecesor, hasta convertirse hoy en lugar común de la crítica, contra el que muy pocos han sabido reaccionar (1969: 14).

Este giro determinará el objetivo y desarrollo de la investigación, erudita y emocionante, que Monegal ordena en las casi quinientas páginas de su libro, que transforma la recepción sobre Bello y que hace historia, él mismo, en los estudios bellistas modernos.

El estudioso uruguayo nos revela sus intenciones y más adelante veremos cómo nos adelantará, también, sus conclusiones:

Si algo pretende demostrar esta investigación sobre la obra literaria de Andrés Bello es que no le cabe la exclusividad de ninguno de los dos nombres que batallaron sobre él y sobre la literatura hispanoamericana en la primera mitad del siglo XIX. Bello fue neoclásico y fue romántico y, sobre todo, fue algo más: fue él mismo. El estudio de su biografía literaria y de la evolución paralela de su obra crítica y poética, así como el examen del tiempo que le tocó vivir, permitirá demostrar (espero) la inutilidad de poner sobre su obra un rótulo exclusivo (1969: 15).

La biografía literaria

La publicación de *El otro Andrés Bello* va a impactar en los estudios bellistas, pues nada similar se había hecho antes en relación con una faceta del quehacer creativo del sabio caraqueño. Lo novedoso

en la propuesta de esta obra será que busca concertar un tópico de investigación (romanticismo en Bello) y seguirlo en la vida de Bello, entendida principalmente como un hecho literario. De esta suerte, el conjunto va a superar el tópico duro de investigación para permitir su intromisión en la biografía de Bello, que termina entendida como biografía literaria, casi en exclusiva.

Este último empeño hará que el libro de Rodríguez Monegal establezca una clara diferencia entre su biografía literaria y las dos más destacadas biografías de Bello anteriores (la de Miguel Luis Amunátegui³ y la de Rafael Caldera)⁴ y que ofrezca insumos nuevos a las biografías posteriores más destacadas (las de Fernando Murillo Rubiera,⁵ Luis Bocaz,⁶ Antonio Cussen,⁷ Iván Jaksić,⁸ Pedro Cunill Grau⁹ y Joaquín Trujillo Silva).¹⁰ Si quisiéramos reducir la materia con rótulos, podríamos decir que el trabajo de Rodríguez Monegal hace avanzar la materia biográfica al circunscribir la vida de Bello a un problema de problemas en función de la narración biográfica.

Las biografías clásicas se empeñan en acumular la mayor cantidad de testimonios de primera mano sobre el maestro, como es el caso de la firmada por Amunátegui; o en segmentar los saberes y las disciplinas de Bello y a partir de allí contar la vida del sabio, como lo quiere Caldera.

Las biografías modernas se esforzarán por: 1) entrelazar la vida de Bello con su pensamiento y así lo establece Murillo Rubiera; 2) reconstruir la vida de Bello como organizador cultural de los territorios americanos, como señala Bocaz; 3) contar la historia de los días de la Independencia y de su protagonista desde la mirada de Bello, como Cussen resuelve; 4) definir gracias al seguimiento de la vida de Bello su significado para la historia moderna de América Latina,

³ *Vida de don Andrés Bello*. Santiago de Chile: Impreso por Pedro G. Ramírez, 1882.

⁴ *Andrés Bello*. Caracas: Parra León Hermanos-Editores, 1935.

⁵ *Andrés Bello. Historia de una vida y una obra*. Caracas: La Casa de Bello, 1986.

⁶ *Andrés Bello. Una biografía cultural*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2000.

⁷ *Bello y Bolívar* (trad. Gustavo Díaz Solís). Caracas: La Casa de Bello, 1995.

⁸ *Andrés Bello. La pasión por el orden*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2001.

⁹ *Andrés Bello (1781-1865)*. Caracas: Fundación Bancaribe / El Nacional, 2006.

¹⁰ *Andrés Bello: libertad, imperio, estilo*. Santiago de Chile: Editorial Roneo, 2019.

objetivo final del trabajo de Jaksić; y 5) observar en el decurso biográfico el funcionamiento de los conceptos de libertad, imperio y estilo, como propone Trujillo Silva.

El otro Andrés Bello, en su privilegiada situación intermediadora, será una biografía que se favorecerá de los aportes anteriores (desde el descubrimiento del personaje hasta la asimilación sobre la diversidad de saberes en su obra portentosa) y que, así mismo, aportará muchos favores a la investigación biografista posterior (desde la concepción organizadora, hasta las decisiones sobre la narración biográfica). Su destino será hacer fecundar la materia bellista.

La narrativa de la crítica

El propósito mejor logrado de Monegal será la de entender la biografía como una narración: «lo que este libro ofrece es algo más que un examen de la obra de Bello: es también una narración de su vida *literaria*» (1969: 450). En esta concepción, la biografía como género debía contar la historia de una vida. Y, en el caso de la vida de Bello, hasta ese momento no había sido contada sino testimoniada. Amunátegui, fundamentalmente, se había esforzado por ofrecer el mayor número de informaciones, pero sin lograr un conjunto armónico en donde pudieran esclarecerse las distintas direcciones que hacia Bello llevaban o que desde Bello partían.

Pero concebir la biografía como narración implicaba, además, que no se narrara todo el conjunto de opciones, que en el caso de Bello suponía (y sigue suponiendo) una limitación producto de la diversidad de ocupaciones, actuaciones y saberes que están relacionándose en su vida:

Fue diplomático y político, senador e internacionalista, rector de la Universidad de Chile y jurisconsulto, gramático y hombre de ciencia. Bello fue tantas otras cosas que no rozan la literatura o que la rozan tangencialmente que para trazar su biografía completa se requeriría un equipo de expertos en todas las ramas del saber humano (1969: 450).

La única posibilidad provenía de la selección de uno o algunos de ellos para cumplir cabalmente el objetivo de bosquejar lo que fue (o pudo ser) la existencia de este patriarca multifacético de la sapiencia hispanoamericana. Y ello será lo que haga Rodríguez Monegal.

Centrará la narración biográfica en el elemento literario y, en casos obligados, la hará contrastar con otros ámbitos de consideración sobre la vida de Bello.

Si bien Monegal, en consonancia con el bellísimo del tiempo en que escribe, ordena muchos de sus conceptos y análisis en conexión con la terna de ciudades en las que la vida de Bello transcurrió (Caracas, Londres y Santiago de Chile). Lo hace apostando más a los contenidos literarios que hicieron su aparición en dichos lugares, que en *El otro Andrés Bello* aparecen marcados por los signos de su quehacer poético y crítico, al que habría que sumar sus importantes trabajos de traducción.

La obra se divide en tres partes. En la primera, compuesta por tres capítulos, Monegal procede con la exposición sobre la vida y el tiempo de Bello en Caracas; orígenes de muchas de sus futuras vocaciones. Los capítulos segundo y tercero nos trasladan al Londres del duro exilio y de la madurez primera. Se explora en ellos, con una riqueza de datos y con una destreza de análisis, la significación que el nutrido ambiente filosófico, literario y científico londinense tuvo sobre un autor que ya entraba en su etapa de consolidación intelectual. Es el tiempo de creación de sus silvas americanas, de sus empresas periodísticas capitales (la *Biblioteca* y el *Repertorio* americanos), de sus atisbos románticos, de sus primeras incursiones en el estudio de la poesía medieval, de sus primeras traducciones, de su conocimiento de la filosofía escocesa y de su intercambio con el exilio español e hispanoamericano. La segunda parte, integrada por los capítulos cuarto, quinto y sexto, narrará la aclimatación ardua que Santiago de Chile le exigió al venezolano, tanto como las acciones concretas en favor de la organización cultural del país austral y las discusiones públicas con el argentino Domingo Faustino Sarmiento, el autor del *Facundo*, sobre Neoclasicismo y Romanticismo. La tercera y última parte de la obra, compuesta por los capítulos séptimo y octavo, vendrá a culminar la historia de la vida ejemplar de Bello con los años de las grandes producciones: el *Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana*, la *Gramática de la lengua castellana, destinada al uso de los americanos*, de la traducción de la *Biografía de Lord Byron* de Villamain, la *Cosmografía*, el *Compendio de la historia de la literatura*, el *Discurso de Instalación de la Universidad de Chile*, la versión de *La oración por todos* de Víctor Hugo, el *Código civil* y la *Filosofía del entendimiento*, y con los años de la

consagración del amplio magisterio conquistado por «el gran viejo», como le llamaba Gabriela Mistral.

Uno de los aciertos indiscutibles de Monegal ha sido la puesta en práctica de un estilo de biografíar que, como hemos visto, implicaba circunscribir la materia a la vida y tiempo de su personaje, y, en lugar igualmente destacado, producir el relato de esa materia temporal y vital como si de una verdadera novela se tratara. Son muchos los momentos de *El otro Andrés Bello* en los que el texto nos inmiscuye vívidamente¹¹ en el relato y nos hace sentir que leemos la novela de una vida; sin abandonar nunca las referencias documentales y los apoyos histórico-críticos exigidos por el biografismo moderno.

La crítica de Monegal será una que narre para contar, para explicar y para convencer. No se conformará con la discursiva crítica científica solamente, sino que intentará siempre que lo contado — eso que finalmente constituye lo que sabemos de un personaje del pasado— se imponga a las maneras de la internacional crítica, pues busca cautivar mostrando el encanto de una vida y no acumulando datos de toda índole que, por más valiosos que puedan ser, desvirtuarían el espíritu del texto biográfico. Su praxis biográfico-crítica tiene en su libro de Bello, tanto como en los escritos sobre Quiroga y Borges, una de sus más grandes realizaciones. Sin proponérselo, inscribe su biografía de Bello en la historia del arte biográfico hispanoamericano.

La nota complementaria

El crítico científico, que ha estado tan controlado en *El otro Andrés Bello* por el crítico artista, necesita también recuperar su voz y lo hace cuando la biografía ya ha terminado, en la «Nota complementaria» con la que la obra alcanza su verdadero final. La pieza es necesaria y se desgasta en observaciones de metacrítica, en donde el crítico reinventa la crítica.

¹¹ Lo *vivo* en Bello ha sido muchas veces destacado, frente a los que creían que su figura estaba ya muy superada. Quizá, de los mejores ejemplos sea el de Germán Arciniégas, que se encarga de escribir *El pensamiento vivo de Andrés Bello* (Buenos Aires: Losada, 1946), como primer número de la Biblioteca del Pensamiento Vivo.

Aunque lo deja claro desde el comienzo del libro, el trabajo de Monegal guardará una relación sanguínea con la biografía de Amunátegui. Cuestiona, corrige y completa lo hecho por el maestro chileno, pues no supo expresar con claridad la paralela evolución entre la poesía y la crítica; motivación principal de lo hecho por Monegal. Admirando a Amunátegui por la periodización tripartita de las tres ciudades, le reprocha que no se diera cuenta de otras divisiones, ni de la simultaneidad de otros procesos y, menos, que no diera importancia a las polémicas que tanto dibujaron el pensamiento de Bello.

Justifica el trazado literario de su biografía, cuya novedad ha quedado dicha. Repone la creación de Bello en el marco histórico en que creció intelectual y estéticamente. Resalta la cercanía de Bello tanto con Horacio como con Hugo, al punto de contaminar «el texto romántico de uno con las reflexiones clásicas del otro» (1969: 451). Apoya solo las consultas de fuentes primarias, especialmente las periódicas, para producir conocimientos, visiones y análisis no ensayados antes. Muy destacado en este punto, el logro del crítico uruguayo al advertir que no solo Bello se nutrió del Romanticismo durante su época inglesa, sino que fue el primer viajero hispanoamericano «que llega a tierras románticas» (1969: 452) y se trae a América los temas, autores y estilos de esa tan influyente escuela literaria.

Algo de recepción para terminar

El libro bellista de Rodríguez Monegal constituye uno de los aportes más sólidos a esta rama de estudios durante el siglo xx. Lo consideramos un tratado de gran relevancia, pues sin él no podríamos avanzar en muchas materias determinantes sobre Bello. La indiferencia no cabe cuando nos hemos acercado a una obra tan bien hecha como esta. La complejidad de su estudio, no otra cosa que una mirada al universo profundo que Bello representa cargando con posibilidades innumerables de apreciación, interpretación y aporte, no le impiden al crítico escritor que conciba una erudición fresca y franca que tanto bien ha hecho desde entonces al bellísimo contemporáneo. En este sentido, Monegal le devuelve a Bello a los lectores generales y cultos, después de arrancárselo a los especialistas.

El otro Andrés Bello no ha envejecido como ha ocurrido con otros excelentes estudios sobre esta figura. Al contrario, y a pesar de no

contar con nuevas ediciones, sigue manteniéndose como referencia de primer orden para el conocimiento del sabio. El alcance de su propuesta ha sido matizado por autores actuales¹² y eso en nada le resta sus méritos mayores. Se apoyan en esta obra todos los estudios que busquen desarticular la fuerza neoclásica frente a la romántica, resultado del rico ambiente literario vivido por el humanista en Londres.¹³ Otros estudiosos lo siguen entendiendo como imprescindible.¹⁴ En la obra colectiva *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos*, a cargo de Beatriz González Stephan y Juan Poblete, además de referenciarse el libro de Monegal en el treinta por ciento de los trabajos compilados, los editores destacan su situación de alteridad como instrumento conceptual de notable impacto.¹⁵

Cuando se ha cumplido más de medio siglo de su publicación, *El otro Andrés Bello* ha confirmado que la calificación del maestro Agustín Millares Carlos no era gratuita, sino, al contrario, absolutamente exacta para el establecimiento de la posición que dentro del bellismo contemporáneo ocupan este libro fundamental y su brillante autor.

¹² «Otros eruditos que deben ser destacados por su contribución al conocimiento de Bello, especialmente de sus años en Londres, son Alamiro de Ávila, Arturo Ardao y Emir Rodríguez Monegal, aunque la obra de este último (*El otro Andrés Bello* [Caracas, 1969] exagera, a mi parecer, las conexiones de Bello con el romanticismo inglés)». Cussen, *Bello y Bolívar*, p. 209.

¹³ «[...] ha sido expuesto ya con detalle [...] sobre todo por Emir Rodríguez Monegal, en efecto, en su *El otro Andrés Bello* este crítico dedica el segundo capítulo al entorno cultural que este encuentra en Londres, y su actuación en ese medio [...]; el tercer capítulo ahonda algunas de estas consideraciones y agrega otras, particularmente las relativas a su creación, su participación editorial y sus contactos con otros hispanoamericanos soterrados [...]. Rodríguez Monegal aportó en su estudio, en efecto, *otro Andrés Bello*, superando la muy repetida filiación virgiliana de los poemas escritos en Londres». Durán Luzio, 1999, p. 87.

¹⁴ «Es admirable como estudio biográfico, aunque verse fundamentalmente sobre aspectos literarios, la obra de Emir Rodríguez Monegal, *El otro Andrés Bello* (1969)». Jaksic, 2019, p. 47.

¹⁵ «Ya en 1969, Emir Rodríguez Monegal creía necesario titular su estudio de Bello, *El otro Andrés Bello* para destacar no al autor que los primeros capítulos de las historias literarias nacionales todavía describían cómodamente como un poeta neoclásico, sino para subrayar su mezcla americanista de dicción y poesía clásicas (grecolatinas y españolas) con su experiencia moderna del londres socialmente industrializado y literariamente romántico». González Stephan y Poblete, 2009, p. 5.

Referencias bibliográficas

- DURÁN LUZIO, Juan. *Siete ensayos sobre Andrés Bello, escritor*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1999.
- GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz y Juan POBLETE. Introducción, en *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh, 2009.
- JAKSIĆ, Iván. Prólogo, en *Repertorio americano: textos escogidos*. Santiago de Chile: Penguin Clásicos, 2019.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. *El otro Andrés Bello*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1969.